

LOS MITOS DE LA CONQUISTA EN DON JOAN DE CASTELLANOS (III)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

— VII —

Hemos visto en los capítulos anteriores algunos de los mitos de la conquista de América que tuvieron eco en nuestra historia. Al lado de estas creencias que corrieron con fortuna desde México a la Patagonia, hay en Castellanos claras reminiscencias de otros hechos no menos fabulosos, algunos de los cuales calificó de “boberías”. (I, 84).

En un estudio de Antonio Curcio Altamar sobre el *Elemento novelasco en Castellanos* (1) decía el autor: “De reconocer es en él —y valga este homenaje previo en tema como el actual— su profundo sentido de verismo, en el marco, claro es, de las propias modalidades narrativas. Desde un principio también, y en constancia del realismo veraz de este escritor, quiero poner de resalto cómo en su obra quedan recusadas siempre las “supercherías”, y se acude en consonancia con la mentalidad hispánica del tiempo a buscar en la raíz de los fenómenos increíbles, pero admitidos por el autor, una fundamentación en el supramundo, en una realidad doble, sensible y sobrenatural, que palmaria y eficazmente se entrecruza”.

EL FUEGO DE SANTELMO

Antes o después de las tempestades marinas se ven por la noche, o al menos se veían en los sugestivos tiempos de los barcos de vela, pequeñas llamas espectrales de color azulado en las puntas de los mástiles y vergas. Con respecto a estas apariciones corren entre los marineros las más extrañas creencias. Para unos son las almas de los difuntos, para otros amenazas de peligro o señales de celestial protección, como si en una muda plegaria, a modo de candelabro, se elevaran hasta el cielo.

Los marineros llaman a estas llamas, debidas a descargas de electricidad estática, con el nombre de “fuego de Santelmo”. Pero es el caso de que tal santo no se encuentra en los calendarios y martirologios, y llegar a determinar el origen de tal denominación, constituye una interesantísima excursión por el campo de la fantasía y de la devoción popular.

(1) Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Tomo VIII, 1952, p. 83.

Centro de esta historia es San Erasmo, Obispo de Formio en la Campania. Natural del Asia Menor, era obispo en Siria cuando en los primeros años del siglo IV comenzó la persecución de Diocleciano. Se refugió en las montañas y fue alimentado por un cuervo como el profeta Elías. Descubierto luego y puesto en prisión, inútilmente trataron sus perseguidores de darle muerte a golpes, con el fuego y finalmente por hambre. Antes de que los tiranos encontraran un medio eficaz para ultimarle, un ángel lo transportó por el aire a Iliria en Dalmacia.

Allí convirtió a muchos paganos antes de ser descubierto y capturado por la policía imperial. Puesto de nuevo en tortura, también esta vez un ángel lo sustrajo del poder de sus enemigos y lo llevó en volandas a la Campania. Llegó a ser obispo de Formio y murió poco después a consecuencia de las heridas recibidas en los dos suplicios a que fue sometido.

El *Martirologio Romano* hace de él el siguiente elogio en la conmemoración de los santos del 2 de junio: "En Campania, San Erasmo Obispo y Mártir, que en tiempo del emperador Diocleciano, azotado primero con plomadas, después despiadadamente apaleado, y bañado luego en resina, azufre, plomo, pez, cera y aceite hirviendo, quedó ileso; más tarde, imperando Maximiano, fue nuevamente atormentado en Formio con diversos y atroces suplicios, pero conservóle Dios la vida para que confortara a los demás; por último, llamándole a Sí el Señor, murió santamente con la corona de los Mártires. Su cuerpo fue más tarde trasladado a Gaeta".

Estas fantásticas vicisitudes iluminan con imágenes sugestivas la difusión prodigiosa de la palabra de vida de un extremo al otro, cuando obispos del Oriente vuelan al Occidente, como en alas de los ángeles, resistiendo a condenas y tormentos.

Es segura la presencia en Formio de las reliquias de San Erasmo. Cuando en el siglo IX la ciudad fue destruida por los sarracenos, fueron llevados los sagrados despojos a Gaeta en donde se le venera como a patrono.

La fantasía de los devotos siguió enriqueciendo la figura de San Erasmo con hechos singulares. Entre las "cruelísimas torturas" que le atribuye el Martirologio, alguno imaginó que le habían desgarrado el vientre, de ahí la fama de glorioso protector contra los dolores de estómago. San Erasmo quedó confundido entre los catorce santos llamados "Auxiliadores" y fue invocado en la Edad Media en las principales necesidades y peligros.

Los devotos de la Campania eran casi todos marineros y lo tomaron como patrono y protector en los peligros del mar. Pasando de tierra firme a las naves, el nombre de Erasmo se convirtió en Elmo, y de ahí que las llamitas azulosas se llamaron "fuegos de Santelmo", es decir fuegos de San Erasmo, obispo y mártir, protector de los hombres del mar.

Pero aquí no termina la leyenda. La fama del santo llegó hasta Galicia, quizá llevada por los constructores genoveses que llevó el obispo Gelmírez y de Galicia se extendió a la costa cantábrica. Pero en este largo viaje sufre el nombre y el santo una curiosa transformación. De *Erasmo* se pasó a *Eramo* y luego a *Ermo*, para convertirse en *Elmo*. Del *Sant*

Elmo se formó el *Santelmo*, como de San Jacobo y Sant Yago se pasó a Santiago.

Esto en cuanto al nombre, porque el santo se hizo español en San Pedro González (1175-1246) el famoso dominico apóstol de Castilla, León, Galicia y Portugal.

*Señor San Pedro González
de navegantes piloto,
libranos del terremoto
y defiéndenos de males,*

cantan a una gallegos y portugueses.

Castellanos trae a cuento el fuego de *Santelmo* cuando describe la tempestad que padecieron los compañeros de Colón en su primer viaje.

*Al regocijo, grita y algazara
Al desmayado hace que despierte;
A bendecilla cada cual se para
Por parecerles venturosa suerte
Diciendo ser San Telmo y santa Clara
Que vienen a librallos de la muerte;
Y son las lumbres que ellos tanto aman
Lo que Cástor y Pólux otros llaman.*

*Pues la gentilidad ciega creía
Ser dos hermanos de la reina Helena:
Una lumbre por mala se tenía,
Pero si vian dos por señal buena:
La una los navíos sumergía,
Dos los hacían libres deste pena,
Y creo que presentes y pasados
En este caso viven engañados.*

*Pues tales apariencias de candela
O representación de resplandores,
En las oscuras noches se congela
De las exhalaciones y vapores;
El cómo la natura nos lo cela,
Y no dan razón cierta los doctores,
Porque también se ven las lumbres tales
En los guerreros campos y reales.*

*Y con nacer las lumbres mucho antes
Que navegase mar vela ni remo,
Dicen que son algunos navegantes
San Telmo, San Erasmo, San Eremo;
Pues gentes en la lengua discrepantes
Pronuncian el vocablo con estremo;
Mas aunque diferentes nombres canto
Consta ser todos tres un mismo santo.*

*El marinero pues más avisado
Aquestas devociones más encumbra
Y en las noches que el mar anda turbado
Mirar por él más veces acostumbra;
Y ser el santo bienaventurado
Juzga cualquier cosilla que relumbra,
Y entonces acontecen a la gente
Cosas que después rien grandemente.*

*Pues yo vi cierta noche de aguaceros
Llena la mar de alta destemplanza,
Hincarse de rodillas marineros
A San Telmo según común usanza;
Y vimos claramente compañeros
Reverenciar el hierro de una lanza,
Que en popa del navío se traía,
Y con la escuridad resplandecía.*

*Otra noche decían ser venido
Cuerpo santo, y así lo saludaban,
Mas bien puede juraros quien lo vido,
Ser gotas de la mar que relumbraban,
Encima de un estrenque recogido
Acia la proa donse señalaban,
Y conocieron ser juicio vano
Por los desengañar mi propia mano.*

*En daros destas cosas larga cuenta
Pudiéramos gastar algunos días,
Y echáramos algunos en afrenta
Contando semejantes boberías. (I, 83 s.).*

La larga cita de Castellanos, que se nos perdonará en vista del gran interés que despierta, merece un corto comentario. Cuentan las leyendas laconias que los dióscuros Cástor y Pólux eran considerados como salvadores (*sotéres*) en los peligros y particularmente en los combates y tormentas del mar. El mito pagano se hizo cristiano con los nombres de San Telmo, San Nicolás y Santa Clara, (se le llamaba también Cuerpo Santo), según el número de fuegos que aparecían en los mástiles. Los marineros ingleses le dieron el nombre de *Davy Jones*, inquieto duendecillo que alegraba las faenas del mar. Pigafetta en su libro de viajes registró con curiosidad el fenómeno: "Durante las tempestades vimos frecuentemente lo que se llama Cuerpo Santo, esto es, San Telmo. Una noche muy oscura se nos apareció como una hermosa antorcha en la punta del palo mayor, en donde flameó por espacio de dos horas, lo que fue un gran consuelo en medio de la tempestad. Al desaparecer, proyectó una lumbrarada tan grande, que nos dejó, por decirlo así, cegados. Nos creímos perdidos; pero el viento cesó en aquel instante". En el relato correspondiente al 20 de enero de 1520 dice: "Sufrimos una terrible tempestad en medio de estas islas, durante la cual los fuegos de San Telmo, de San Nicolás y de Santa Clara se dejaron ver muchas veces en la punta de los mástiles, y al desaparecer,

al instante se notaba la disminución del furor de la tempestad". El 26 de octubre de 1521 consigna el viajero una nueva alusión al fuego de Santelmo: "El sábado 26 de octubre, al anochecer, costeano la isla de Bira-ham-Batolach, sufrimos una borrasca, durante la cual recogimos velas y rogamos a Dios que nos salvase. Vimos entonces en el tope de los mástiles a nuestros tres santos, que dispararon la oscuridad durante más de dos horas: San Telmo en el palo mayor, San Nicolás en el de mesana y Santa Clara en el trinquete. En reconocimiento de la gracia que nos concedieron, prometimos a cada uno un esclavo, y les hicimos ofrendas" (2).

Es curiosa la explicación que del fuego de Santelmo nos da el cronista: exhalaciones y vapores que surgen lo mismo en el mar que en los campos de batalla y en los reales. Como se dijo antes, los físicos han descubierto que esta luz no es otra cosa que el efecto de la electricidad, la cual más o menos abundante, positiva o negativa, se agita con mayor o menor vivacidad; y como la electricidad es la causa de la tempestad, es natural que cese en el momento en que los fuegos desaparecen de lo alto de los mástiles.

En cuanto a las transformaciones que ha sufrido el nombre del santo, coincide Castellanos con las observaciones que han hecho al respecto Erasmo d'Imbert en su libro *Sant Erasme* (Barcelona 1940) y Manso de Zúñiga en una interesante conferencia sobre la Historia del Monasterio de San Telmo, de San Sebastián. Para el cronista se trata simplemente de diferencias de pronunciación, pero en realidad son *todos tres un mismo santo*.

A nadie se le oculta la gracia e ironía con que el Beneficiado se burla de la ingenuidad de los marineros que de rodillas reverencian el hierro de una lanza o toman por *Cuerpo Santo*, esto es por San Telmo, unas gotas de agua en una maroma de esparto.

Es un pesar que Castellanos hubiera dejado entre el tintero otros relatos de esta índole, en cuyo recuento *pudiera gastar algunos días*. Pero es suficiente, porque

*echáramos algunos en afrenta
contando semejantes boberías.*

NOCHE CONVERTIDA EN SANGRE

En la *Historia de la Gobernación de Antioquia y de la del Chocó* consigna Castellanos un hecho prodigioso que tuvo lugar en la mudanza de San Juan de Rodas.

*Y fue, que en la mañana en que venían
A dar en la ciudad, el tesorero
Y otros amigos suyos juntamente
Querían almorzar en su posada
Puchas o poleadas, cuyo nombre
Es en aquestas partes mazamorra,*

(2) *Primer viaje en torno del globo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1941, ps. 46, 55, 146.

*Entonces por ventura gran regalo,
 Porque tenían leche para ella,
 Y aquesta cuando por las porcelanas
 Se difundía, fue, según afirman
 En finísima sangre convertida:
 Amarillez mortal ocupó luego
 Todos los rostros de los convidados,
 Y los pálidos miembros destilaban
 Un sudor frío con el gran espanto. (III, 619).*

Una primera observación de orden lingüístico: quizá es la primera vez que en los cronistas se recoge la palabra *mazamorra* para indicar la bebida tan popular aun en nuestros días en Antioquia.

*Salve, segunda trinidad bendita,
 Salve, frisoles, mazamorra, arepa!*

que dijo Gutiérrez González en su *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*. En las notas a la *Memoria* arregladas por Uribe Angel y Emiliano Isaza, explican que la *mazamorra* es un "alimento que se prepara poniendo en cocimiento el maíz quebrantado, después de quitarle el hollejo, en agua con harina de maíz y una pequeña cantidad de ceniza, hasta que esté blando. Es uno de los alimentos más generales del Estado de Antioquia".

En cuanto al prodigio mismo tiene buen cuidado de advertir Castellanos,

*Lo cual yo no pusiera por escripto,
 Si no fueran personas fidedignas
 Aquellas que la dictan a mi pluma.*

El Padre Zamora trae en la *Historia de la Provincia de San Antonio*, capítulo XIII, un episodio de la vida de San Luis Beltrán que guarda semejanza con el presenciado por Valdivia: "Predicando el Santo en los pueblos de Usiacurí y Media Granada, lo convidaron a comer sus encomenderos, algo sentidos de lo que predicaba contra el trabajo personal y otras pensiones de los indios. Movieron conversación para darle algunas razones, que a ellos parecía podían convencerlo. El Santo fervorizado con el celo que tenía del amor de Dios y del prójimo, y la compasión que tuvo siempre de los indios, cogió unas tortillas de maíz que llaman arepas en las tierras cálidas, y dijo a los encomenderos: Quieren desengañarse de que es sangre de los indios lo que comen? Pues véanlo con sus mismos ojos, y apretando entre sus mismas manos las arepas empezaron a destilar sangre sobre los manteles de la mesa. Asombrados, aunque no enmendados, con suceso tan raro y prueba tan evidente, procuraron siempre ocultarlo todos los interesados. Pero como hasta debajo de los altares está clamando la sangre de los inocentes, se predicó repetidas veces en Cartagena y Santa Marta, luego que vinieron las Bulas de su beatificación. Aunque con grande sobrecejo de los descendientes de aquellos que sobre su mesa vieron la sangre de las arepas".

Entre los hechos prodigiosos que consigna Castellanos en sus *Elegías*, no podemos olvidar el del incendio del templo de Sogamoso. Es rica en pormenores la descripción del santuario de los indios. Allí los cuerpos momificados de los difuntos adornados con finas telas y joyas de oro; el pavimento cubierto de espartillo blando y el voraz incendio que puso fin a la fábrica pajiza.

*Mas de cualquier manera que esto sea,
el fuego desta casa fue durable
espacio de cinco años, sin que fuese
invierno parte para consumillo,
y en este tiempo nunca faltó humo
en el compás y sitio donde estaba. (IV, 241).*

Para el cronista este raro fenómeno se explica por la calidad de la madera de que estaba compuesto el templo. Madera traída de los llanos *que parece ser incorruptible*, quizá la misma de maderos arceuthinos, que son de enebro y que en España han desafiado el curso de los siglos. Es la misma que Salomón pedía al rey de Hiram para la construcción del Templo. Vale la pena recordar aquí la anotación que hace el Beneficiado en cuanto a la técnica de la construcción, ya que Juan Vásquez de Loaisa le informa

*que cuando se hincaban los estantes
ponderosísimos, cada cual dellos
se plantaba sobre un esclavo vivo,
porque fundados sobre humana sangre
no serían sujetos a jactura. (ibid.).*

Fray Pedro Aguado en su *Recopilación Historial* es menos exagerado, pues según el relato el fuego duró un año: "Entre los otros templos, había uno de extraña grandeza y ornato, que decían los indios ser dedicado al dios Remichinchagagua, a quien veneraban mucho con sus ciegas supersticiones e idolatrías. Este santuario, andando dentro ciertos soldados con lumbr encendida a buscar oro, porque era muy lóbrego y oscuro, por defecto de no tener lumbreras por donde la claridad pudiese entrar y dar luz, y ser la puerta tan pequeña y baja que entraban abajados o como suelen decir, a gatas por descuido de los que con la lumbr andaban dentro, vino a encenderse el fuego, de suerte que no se pudo atajar ni remediar; porque como toda la cubierta era muy seca, de paja, hízose más irremediable el daño, y así fue consumido del fuego, pero no en tan breve tiempo como se pudiera consumir otra cosa de más fuertes materiales; porque como certifican los antiguos que lo vieron y se hallaron presentes, que tuvo el fuego en él sin acabarse de consumir más tiempo de un año, y la causa de durar tanto el fuego, dicen haber sido la mucha paja que sobre sí tenía, que conservaba después de quemada el fuego de los maderos gruesos que debajo de esta ceniza estaban". (Op. cit. Edic. Biblioteca de la Presidencia, Bogotá, 1956. Tomo I, p. 294 s.).